

acarreado su sabiduría y elocuencia y los grandes frutos de su predicación, temerosa su humildad de verse nombrado sucesor en la silla episcopal, se retiró á Mataya, desierto del Ponto, á practicar, en compañía de San Gregorio Nacienceno, la vida eremítica. Allí se dedicaron ambos santos á la oración, penitencia y demas observancias que habian aprendido en los desiertos de la Palestina, y la fama de tantas virtudes atrajo á aquel lugar á multitud de personas que se sujetaron al gobierno de nuestro Santo, quien les dió admirables reglas de perfección, que despues sirvieron de bases á las instituciones monásticas.

En esa época el emperador Valente, gran protector de los arrianos, tomó el mayor empeño en ganar á Basilio y á su nueva comunidad para la secta; y mirando su resistencia, les causó gravísimas molestias que el Santo sufrió heróicamente en defensa de la fé. El año de 370 murió Eusebio obispo de Cesaréa, y el pueblo y clero que conocian bien el mérito de nuestro Santo, lo eligieron sucesor; y á pesar de su repugnancia tuvo que aceptar esta dignidad, movido en gran parte por los consejos de su amigo Gregorio.

Conocióse muy presto que aquella elección habia sido del cielo. Apenas se presentó Basilio en su diócesis y comenzó á predicar á su pueblo, se desterraron los escándalos públicos, se restableció la pureza de la fé y de las costumbres, volvió á su primer fervor la disciplina eclesiástica, y la heregía arriana comenzó á perder terreno á la vista sola de aquel esforzado atleta del catolicismo, tanto mas formidable, cuanto que desde su silla formó una íntima liga con los Santos obispos del Oriente, particularmente con San Melecio y San Atanasio, en defensa de la verdad. No fué menor su vigilancia en las necesidades corporales de su rebaño. Durante su episcopado se padecieron crueísimas hambres en su diócesis; y el Santo obispo no solo impidió todas sus rentas en alimentar á los pobres, sino que con su ejemplo y exhortaciones movió eficazmente á los ricos á abrir sus arcas en beneficio de sus hermanos.

Pero en lo que mas se ha distinguido el gran Basilio, fué en el valor heroico con que sostuvo la integridad de la fé, y como buen pastor supo precaver á sus ovejas de los venenosos pastos del arrianismo. El emperador Valente, que tanto protegió esta secta, arrancando de sus sillas á otros obispos, intentó atraer á su partido á nuestro Santo, haciéndole proponer por medio del prefecto de

Cesaréa, Modesto, diversos puntos que con su autoridad queria fuesen admitidos por él; pero Basilio con admirable presencia de ánimo contestó, que obedecería al emperador en cuanto fuese de su resorte; y que por lo tocante á la alteracion que solicitaba hiciese el símbolo, jamas cederia en lo mas minimo: respuesta que hizo enmudecer al prefecto y admirar tanta firmeza.

Acaso esta heroica resistencia le concilió el respeto del emperador, quien no solo asistió en cierto dia solemne á la iglesia en que predicaba, sino que aun calmó algo del furor con que perseguia á los católicos, y aun hizo cuantiosas donaciones en servicio de los hospitales; mas presto los hereses volvieron á excitar la persecucion, hasta lograr que el Santo obispo fuese desterrado. Iba á partir al destierro, cuando el hijo único del emperador, que era de muy corta edad, cayó gravemente enfermo; y reconociendo aquel ser éste castigo de los atropellamientos inferidos á Basilio, se suspendió su partida, y rogó al Santo pasase á visitar á su hijo. Hizolo así, y apenas entró en el palacio cuando se alivió el príncipe, de lo que complacido Valente, ofreció al Santo lo dejaria instruir como católico si alcanzaba de Dios su sanidad. Aceptó la condicion el ilustre prelado; mas habiendo faltado á ella el emperador, murió el niño á pocos dias, segun lo dejó escrito San Efrén. Volvieron de nuevo los hereses á indisponer el ánimo del emperador, quien resolvió el fin desterrarlo; mas sucedieron cosas tan portentosas que no llegó á verificarse esta pena.

Sin embargo de lo que el cielo manifestaba lo agradable que le era Basilio, el nuevo prefecto del Ponto, Eusebio, no dejaba de molestarlo de mil maneras. Entró otras cosas sucedió, que su asessor pretendia casarse con una jóven noble y rica de la ciudad de Cesaréa, la cual teniendo hecho voto de castidad no queria consentir en esa union; y viéndose acosada por las violencias del pretendiente, se acogió á la Iglesia y se puso bajo la proteccion de su Santo pastor. Noticioso de esto el prefecto, ocurrió á sacarla de aquel sagrado asilo; pero el siervo de Dios la amparó con tal valor y constancia, que teniéndolo por un insulto Eusebio, lo hizo comparecer á su tribunal, en que maltrató al Santo tan atrocemente, que el pueblo se amotinó en defensa de su obispo, y tal vez le habria quitado la vida, si este mismo no hubiese sosegado el tumulto con su influjo y sus ruegos.

Honró el Señor tantas virtudes con milagrosos dones celestiales, entre ellos el que presenció San Efrén Siro, el que vió una vez que al predicar se le ponía sobre los hombros una blanca paloma, que le inspiraba lo que decia al pueblo; y en efecto, tanto los sermones como los escritos de este gran padre, manifiestan las luces sobrenaturales de que fué iluminado. La Iglesia conserva hasta el dia multitud de sus sapientísimas obras, y entre ellas son muy distinguidas las homilias sobre el *Examerón*, ó la creacion de los seis dias, los del Espíritu Santo, el bautismo y la virginidad, la refutacion á la heresia de Eunómio, con otros de que San Ambrosio hizo tanto aprecio que los tradujo del griego al latin; aprecio tan general entre todos los santos doctores y padres, como se conoce en los elogios que han tributado unánimemente á San Basilio.

Lleno, en fin, nuestro Santo de virtudes y méritos, cayó en una enfermedad grave; y viendo á los fieles llenos de tristeza é inquietud por su pérdida, los exhortó con la mayor dulzura á conformarse con la voluntad del Señor; y con la tranquilidad de un justo entregó su grande alma á Dios el dia 1.º de Enero del año de 379 á los cincuenta y uno de su edad, y cerca de nueve de obispado. Fué generalmente llorado de todos los habitantes de la ciudad, hasta de los mismos judíos y paganos. Sus honras mas parecieron triunfo que funerales. Pronunciaron su panegirico su hermano San Gregorio Niceno, San Anfiloquio y San Gregorio de Nacianzo, y el culto que se le dió como Santo, fué desde el dia en que murió. Las órdenes religiosas pueden justamente considerar á San Basilio como su primer patriarca, y la Iglesia lo honra como á uno de sus mas ilustres doctores. Su festividad se ha fijado en este dia, en que segun el martirologio romano fué consagrado obispo.

La Epístola es del capítulo IV de la segunda del Apóstol San

Pablo á Timoteo (Pág. 137).

Carísimo: Te conjuro delante de Dios y de Jesucristo que ha de juzgar á los vivos y á los muertos al tiempo de su venida y de su reino; &c.

El Evangelio es del capítulo XIV de San Lucas. (Pág. 162).

En aquel tiempo dijo Jesus á las turbas: Si alguno de los que me siguen no aborrece á su padre y madre, á su muger y á sus hijos, á sus hermanos y hermanas, &c.

MEDITACION.

Sobre los medios para adquirir la paz.

Considera que hay otros medios de grande excelencia para adquirir y conservar la paz, cuales son una confianza plena en Dios, y una entera conformidad con su voluntad divina. Mas aquella confianza debe ser tal, que de todo punto se abandone el hombre á la disposicion de la Providencia divina; porque una cosa es firme y estable cuando se apoya sobre una base ó fundamento inmóvil, y tal es el de la Providencia. El que tiene su apoyo en las criaturas no disfruta de paz, porque las criaturas están en un perpetuo movimiento; mas el que se afirma en Dios siempre vive tranquilo, porque en Dios no hay mudanza ni variacion alguna. "Descansaré en paz, dice David, durmiendo en los brazos de aquel que siempre es el mismo." ¿Qué nos puede turbar sino el temor del mal y el deseo del bien? Mas aquí entra la conformidad con la voluntad de Dios, moderando aquel temor y templando este deseo; porque el que hace lo que Dios quiere, siempre posee el bien, y está á cubierto del mal. ¿De donde nacen nuestras perturbaciones, sino de oponernos á la voluntad de Dios? porque ésta repugna siempre el mal y atrae al bien; mas el que huye del bien y busca el mal, se encuentra repellido de Dios, y caído en perturbacion y desconcierto.

Considera que á mas de los medios insinuados, hay otros que ayudan á conseguir la paz y lograrla con perfeccion. Tales son el hacer antes la voluntad de otro que la nuestra: escoger siempre tener menos que mas: buscar el lugar mas bajo; huir del mando y vivir en obediencia; y desear y pedir que se cumpla en nosotros la voluntad divina. Cierto es que tales medios no se ponen sin grande venimiento; mas éste place á la alma fervorosa; lo encuentra fácil con el auxilio divino; y la recompensa de la paz la indemniza de cualesquiera sacrificio; siendo éste tanto mas apetecible,

cuanto que se hace por amor de aquel Dios que es único objeto de nuestras ansias, único fin de nuestras empresas, único centro de nuestro corazón.

PETICION Y PROPOSITOS.

¡Dios mio! No me admito si me veo tan miserable, y si jamas vivo con sosiego; porque no tengo generosidad para hacer por vos un sacrificio, ni ceso en el deseo de los bienes y placeres terrenos. Mi voluntad renuente, siempre quiere cumplirse; y al paso que rehuso hacer la vuestra, vivo sobresaltado y temeroso de los azares de la vida. Deseo la paz, mas la busco en donde no se encuentra. ¡Oh Dios! libradme de tanta miseria, y regaladme graciosamente con el fruto de vuestra paz, que yo pondré los medios que están á mi alcance, y á que espero deis el logro apetecido.

JACULATORIA.

En tu paz, Señor, dormiré y descansaré.

LECCION.

Sobre la conducta que se debe observar en la guerra.

Apenas puede creerse el abuso que hacen los hombres del poder de las armas, y las atrocidades, injusticias y tropelías que cometen bajo la salvaguardia de la guerra, como si ésta no tuviese su objeto y fin marcado, y límites y restricciones en él mismo. Parece que no habla con ellos la ley santa de Dios, ni rige la moral de Jesucristo cuando se juegan las armas, segun el exceso abominable con que la tropa armada comete los mas grandes pecados, y los mas atroces crímenes. No es lo mas ciertamente el exceso de furor y la matanza en el trance de la batalla, sino el que se ve desarrollarse despues de una accion, y aun sin ella, contra poblaciones indefensas, contra hombres pacíficos é incapaces de hacer armas, contra mugeres, niños y ancianos que apenas pueden sostener el peso de su decrepitud. Ni es menester que tengan bienes que inciten la codicia del soldado; basta la arbitrariedad de éste y su crueldad, para que á sangre fria prive de su existencia á esos infelices que no tuvieron mas culpa que habitar en el pais que la desgracia ha convertido el teatro de la guerra. Pero aun no es esto todo, pues si el

furor marcial basta para causar tanto estrago, le codicia lo aumentá, y la torpeza lo lleva hasta el último extremo. ¿Qué bienes ó cosas de valor están á salvo del saqueo y la depredación? ¿Qué castidad hay segura, qué virginidad sagrada, qué tálamo nupcial se guarda ileso de la violencia del soldado? El desenfreno de éste llega á hacerle perder aun el acatamiento al templo de Dios y á las cosas sagradas: la impiedad y la irreligion se apoderan de su ánimo, y poseído de ellas, no duda verter la sangre de su semejante en el templo sagrado, y envolver á éste en el estrago, el incendio y la ruina.

Hé aquí un breve bosquejo de la conducta insolente y desenfrenada de los soldados en la guerra: conducta que no se ve menos ejercida en la guerra civil que en la estrangera: antes podemos decir que la llevá mayores excesos el odio personal, la enemistad y la venganza que en la guerra civil enciende la discordia y fomenta el furor de los partidos, haciéndola mas criminal el dirigirse la punta del acero, no solo contra individuos de una misma nacion que deben considerarse como hijos de una madre, sino aun contra los parientes mas cercanos, el hermano, el hijo, el padre mismo. Tal es, y á tales excesos llega el furor insano de una guerra civil, ¿Pero acaso se desentiende de estos males, ó no provee á su remedio la ley humana que arregla el ejercicio de las armas? Solo en un pais bárbaro donde se desconoce la dignidad del hombre y se desprecian ó ignoran las reglas de la moral y los deberes de la religion, puede desatenderse tan importante objeto; pero en los países en donde hay alguna civilizacion, y se conserva algo de moral y religion, se prescriben reglas y se dan leyes y ordenanzas, que dictan la conducta que deben tener en la campaña y en cuartel los soldados y gefes. Pero ¿de qué sirve que esté todo ordenado por la ley, si ésta no se cumple? Solo de hacer mayor la responsabilidad de aquellos que si observaran sus ordenanzas habrian satisfecho á su conciencia; y por no cumplirlas se gravan con la desobediencia y con los excesos que aquellas trataron de evitar. ¿Pero no se ha de hacer uso de las armas cuando se está en campaña? No decimos tal cosa: en la accion campal ó cualquiera otra de la guerra, ordenada por los gefes, se hiere y se mata sin gravamen, pues lo pide el caso de acometer ó defenderse; pero una cosa es esto, y otra encarnizarse contra el enemigo ya derrotado y vencido; y aca-

so acaso contra las disposiciones de los gefes que mandan tocar á recoger y pausar en la manzana.

¿Mas qué diremos de las estratagemas de la guerra que cuestan tantas vidas? Diremos que son lícitas mientras no pasen de estratagemas; porque un gefe en campaña sabe ya y comprende que no solo la fuerza, sino tambien el arte se ha de emplear para vencerlo, y á él toca estar sobreaviso para no ser sorprendido. Pero si no son de esta clase, sino felonías y traiciones con que abusando de la buena fé y la palabra, se falta á lo pactado, rompiendo los fuegos antes de la hora convenida, introduciendo tratados falsos, ó de alguna otra manera que envuelva traicion ó dolo positivo, ya se ve que esta conducta es reprochable, y que grava la conciencia mas ó menos, segun el daño que se cause, y la importancia del pacto á que se falte, ó el abuso que se haga de la buena fé y confianza del contrario.

DIA QUINCE.

Santos Vito, Modesto y Crescencia, martires.

SAN VITO.

Era San Vito sullivanio de nacimiento, de una de las primeras familias del pais, la que sin embargo de ser gentil, confió su educacion á una cristiana llamada Crescencia. Esta, ayudada de su marido Modesto, lo crió en los principios de su religion, y ademas cuidó de inspirarle temor de Dios y amor á la virtud, en los que creció con tal firmeza, que su fé siempre salió victoriosa de toda tentacion. La prueba mas fuerte á que estuvo espuesta, fué la que padeció durante la persecucion de los emperadores Diocleciano y Maximiano en el cuarto siglo. Su propio padre Hilar, gentil, muy temeroso del poder de los Césares, y adicto á la idolatria, se volvió su perseguidor; y despues de no haber podido conseguir el convertirlo á sus dioses, lo entregó al gobernador Valerio para que lo corrigiese. Este juez, que advirtió su poca edad, pensó que bastaria su prestigio para reducirlo; y en vez de usar de la fuerza, se valió de suaves persuasiones; pero como á San Vito lo animaba el espíritu de Dios, fueron nada estas tentativas contra su constancia, y ningun efecto produjeron los azotes que el juez mandó darle,

convencido de que para doblegarlo era necesario algo mas que la persuacion. Al fin lo remitió á su padre, juzgando que á él le seria mas fácil apartarlo del cristianismo. Hílas, no habiendo podido vencer la constancia de su hijo, y perdiendo la esperanza de convertirlo, resolvió finalmente sacrificarlo para salvar el resto de la familia.

San Vito tuvo noticia oportunamente; de que su padre queria volver á entregarlo al gobernador, con el fin de que éste lo pasase al poder de los verdugos; y para evitar el golpe tomó el partido de la fuga en compañía de sus ayos Modesto y Crescencia. Embarcáronse los tres y abordaron en las costas de Lucania, provincia de Nápoles; pero sea que los hubiesen perseguido desde Sicilia hasta Italia, ó que en ésta encontrasen nuevos perseguidores, lo cierto es que allí ganaron la corona del martirio, despues de una generosa confesion del nombre y de la fé de Jesucristo. Sus cuerpos fueron recogidos por el cuidado de una piadosa señora llamada Florencia, la que los embalsamó y les dió sepultura honorifica, cerca de los rios Selo y Negro.

A mediados del siglo octavo, poco tiempo antes del reinado de Pepino, estando en Roma el abad Fulrado, obtuvo del papa Zacarías, el cuerpo de un Santo mártir llamado Vito: lo trasportó á Francia y lo depositó en un templo que le construyó en la diócesis de Paris. Poco despues fué trasladado á la abadía de San Dionisio, y de ésta con algun intervalo de tiempo á la de Corwei en Sajonia; mas no hallándose vestigio alguno de que el cuerpo de San Vito, el compañero de San Modesto y Santa Crescencia haya sido trasladado de Lucania á Roma, puede inferirse que el de Corwei es de otro San Vito distinto del nuestro; así lo convence ademas el que á los cincuenta años de que Fulrado llevó á Francia las reliquias referidas, se encontraron en su antigua sepultura los tres cuerpos de nuestros mártires, y de ella fueron trasladados á Polignano donde se conservan con gran veneracion.

La Epístola es del capítulo III del libro de la Sabiduría.

Las almas de los justos están en la mano de Dios, y no llegará á ellas el tormento de la muerte. A los ojos de los insensatos pareció que morian; y su salida de este mundo se miró como una

desgracia, y como un aniquilamiento su partida de entre nosotros; mas ellos, á la verdad, reposan en paz; y si delante de los hombres han padecido tormentos, su esperanza está segura en la inmortalidad. Su tribulacion ha sido ligera, y su galardón será grande; porque Dios hizo prueba de ellos, y hallólos dignos de sí. Probólos como el oro en el crisol, y los aceptó como víctima de holocausto; y á su tiempo se les dará la recompensa. Brillarán los justos, y volarán como centellas que discurren por un cañaveral. Juzgarán á las naciones, y señorearán á los pueblos; y el Señor reinará con ellos eternamente.

El Evangelio es del capítulo X de San Lucas.

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos: El que os escucha á vosotros, me escucha á mí; y el que os desprecia á vosotros, á mí me desprecia. Y quien á mí me desprecia, desprecia al que me envió. Regresaron, pues, los setenta y dos discípulos llenos de gozo, diciendo: Señor, hasta los demonios mismos se sujetan á nosotros por la virtud de tu nombre. Y él les dijo: Yo estaba viendo á Satanás caer del cielo á manera de relámpago. Vosotros veis que os he dado potestad de hollar serpientes y escorpiones, y todo el poder del enemigo; de suerte que nada podrá haceros daño. Con todo eso, no tanto habeis de gozaros porque se os rinden los espiritus, cuanto porque vuestros nombres están escritos en los cielos.

MEDITACION.

Sobre la santidad de un cristiano.

Considera que dice el Señor: "Sereis santos porque yo soy santo." Hé aquí el motivo y la causa de la santidad que se nos pide. Aunque todo el mundo prevarique, aunque esté hundido en el vicio y el pecado, nosotros debemos ser santos, porque Dios, que nos crió para sí, es Santo. Y si esto ha sido siempre así en cualquiera época del mundo, ¿qué diremos de la santidad de un cristiano? El debe ser santo para llenar su nombre, para satisfacer sus obligaciones, para vivir segun su profesion. El pueblo cristiano, dice el príncipe de los Apóstoles, es un pueblo santo que adquirió Jesucristo y lo purificó con su sangre. Para que seamos santos nos ha

llamado Dios al servicio de su divino Hijo. Para que seamos santos nos ha escogido Dios y separado del número de los infieles. Para que seamos santos nos ha formado Jesucristo sobre las reglas de una moral santa, capaz de elevar al hombre á los ápices de la perfeccion. Así es que nos dice que seamos perfectos, como nuestro Padre celestial es perfecto. Considera que por el bautismo recibimos un carácter de santidad que no se borrará jamás: fuimos consagrados con las ceremonias de la Iglesia; y la ley prescribe "que sea santo todo lo que se consagra al Señor." Esta consagracion consiste en que estamos destinados al servicio de Dios como los templos en que habita, y por eso en el bautismo se nos hacen tantas unciones y exorcismos. Si eres cristiano, ya no eres tuyo sino de Dios: por el bautismo has pasado á ser su posesion y su herencia. Como Templo del Espíritu Santo, eres un Templo Santo en el cual no es permitido hacer nada profano; ¿Qué será mancillarlo con impurezas abominables? El bautismo te ha impreso la imágen de la Santísima Trinidad, en cuyo nombre has sido bautizado. Has quedado marcado como cosa suya, con su sello, que es el Espíritu Santo, el cual ha comunicado á tu alma su santidad: luego si eres cristiano, debes ser santo.

PETICION Y PROPÓSITOS.

Esto es ciertamente, Señor, lo que soy de vos que me consagrais y santificais; mas de mio no soy sino la iniquidad y el pecado, porque no sé corresponder á la santidad de mi estado con la santidad de mi vida: tengo la dignidad de cristiano; pero abatida y profanada con la depravacion de mis costumbres: tengo el nombre; mas no el espíritu de cristiano. Haced, Dios mio, con los ausilios de vuestra gracia que cambie de conducta, para que ésta sea tal, cual corresponde á la santidad de mi carácter; y que así como mi alma con su ser es una imágen y semejanza tuya, así con su virtud sea una imágen de tu bondad y santidad.

JACULATORIA.

Tu Templo, Señor es santo; y yo soy ese templo.

LECCION.

Sobre el escándalo.

Nuestras malas obras clamarán contra nosotros el día del juicio. ¡Infelices de los que tengan por testigos contra sí sus mismas acciones! ¿Pero qué diremos de aquellos contra quienes esas obras han suscitado un número tan grande de acusadores cuantos son los que se escandalizaron con ellas? ¿Qué diremos de éstos que son responsables de los pecados de sus prójimos? Nada digamos nosotros: dígalo el mismo Jesucristo. *¡Ay del mundo á causa de los escándalos! Necesario es que haya escándalos; pero ¡ay del hombre por quien el escándalo viene! El que escandalizare á uno de estos pequeñitos que creen en mí, mejor le fuera que le colgasen en el cuello una piedra de molino y lo anegasen en el profundo del mar.*

El venerable Beda, dice: "Llamamos homicida al diablo, sin embargo de que no viene armado con un cuchillo para matarnos, sino que lo verifica sembrando la palabra mala. No juzgues, tú, pues, que no eres homicida cuando persuades á tu hermano que haga cosas malas; porque si lo persuades á semejantes cosas eres homicida." Hé aquí por qué muchos moralistas tratando del quinto precepto del Decálogo hablan del escándalo, al que llaman homicidio espiritual. Nosotros, siguiendo su ejemplo, espondremos tambien ahora lo que la religion de Jesucristo enseña sobre el gravísimo pecado del escándalo.

Si, gravísimo y de una trascendencia que no puede calcular con exactitud mas que Dios mismo. Consideremos á un libertino que enseña á un jóven el camino de la perdicion, consideremos á un incrédulo que logra arrancar la fé del corazon de un católico, ¿quién puede medir los resultados? ¿Qué educacion recibirán los hijos de un padre que haya apostatado de la fé? ¿Quién puede fijar el término á la sucesion de incrédulos que se originen del primero? ¿Quién numerar los pecados que comete el disoluto y el libertino? ¿Quién los que por su causa cometan otras personas? El que dió el primer escándalo, debe hacerse cargo que todos aquellos á quienes escandaliza, son otros tantos gérmenes del mal que siembra, para que á su vez produzcan su fruto venenoso. Consi-

dere el escandaloso la inmensa cadena que arrastra de pecados ajenos, y se horrorizará. Mas no solamente en esto debe fijar la atención, sino en la multitud de buenas obras que dejaron de hacer por su causa. Esa virgen que has seducido, debería ser una excelente madre de familia. Si no la hubieras corrompido, habría encontrado un marido de honor, en cuya compañía hubiera progresado en la virtud. Era pobre: por lo mismo ha sido mayor el perjuicio que le has hecho arrebatándole el honor, la inocencia y la virtud, que eran la única dote con que contaba para proporcionarse un casamiento regular. Pero ahora, viendo que no le queda otra carrera que abrazar que la del crimen, ¡quién es causa de todos los pecados que cometa, y se cometan por ella, sino tú que la escandalizaste! Ese jóven, cuya fé has logrado destruir, acaso habría sido un sacerdote ejemplar, ó un buen padre de familia, un excelente ciudadano; mas hoy ya no será nada de esto: tendrá la sociedad en él un libertino que soltando la rienda á sus pasiones y obrando éstas con tanta mas violencia cuanto fué la subordinación en que antes las tenía, solo pensará en satisfacerlas de cualquier modo que sea. ¡Qué freno podrá sujetar á aquel que ha roto el de la religion?

Concibamos, pues, un horror grande al pecado del escándalo, examinando cuan graves son sus resultados: reflexionemos ¿qué responderemos á Jesucristo cuando le presentemos nuestros escándalos, y nos haga cargo de ellos y del increíble número de culpas á que han dado motivo? Quedaremos confusos y sorprendidos al ver la multitud de pecados ajenos de que somos responsables, y en los que ni una vez siquiera hemos detenido la consideración. Menos reflexion hemos hecho en las buenas obras que se han dejado de hacer por nuestra culpa. Hemos arrebatado á la virtud sus discípulos, á los bienaventurados sus compañeros, y sobre todo, á Dios sus almas, por cuya redención no dudó humillarse hasta tomar forma de siervo, derramar su sangre y morir en una cruz. Detestemos ese horrible pecado, y para que podamos hacerlo debidamente, conozámoslo conforme nos lo enseña la religion de Jesucristo: así lo podremos evitar en todas sus especies, y dando siempre buen ejemplo con una conducta franca y religiosa, confesáremos á Jesus delante de los hombres, para que nos reconozca por hijos suyos delante de su Padre celestial. Cierito moralista hace

sobre el escándalo una reflexion que no debía ser jamas olvidada de nosotros. Así como no hay sacrificio mas grato á Dios que el que se hace por el celo de la salvación de las almas, así no hay cosa que mas le desagrade, que el que se dirige á impedirlo. Vemos la buena fé con que San Pedro aconsejaba á Jesus que evitase la pasión: el amor tan grande que tenía á su divino Maestro lo impedia á darle aquel consejo; sin embargo, Jesus lo llamó Satanás: ¿Qué nombre dará á los que no por amor á Jesus, sino acaso en odio de su divina persona impiden que se logre en las almas el fruto de la redención? Si un tan gran Santo que solo de un modo indiscreto perjudicaba con su consejo á las almas, mereció una reprobación del Salvador, ¡á qué serán acreedores los que directamente procuran ocasionarles el mayor daño que pueden sufrir por toda una eternidad.

¡Ah! jamas intentemos con nuestras palabras, acciones ú omisiones, causar la ruina espiritual de nuestro prójimo; esto es lo que se llama escándalo, al que dividen los moralistas en activo y pasivo: el activo es el que acabamos de definir: el pasivo es la ruina espiritual que de hecho recibe el prójimo con ocasion de nuestras palabras, acciones ú omisiones. El primero se divide en tres clases: primera, escándalo directo y formal, que es cuando expresa y determinadamente se intenta la ruina espiritual del prójimo: segundo, directo, pero no formal, cuando se induce á pecar á otra persona, no con el objeto de que ella peca precisamente, sino porque su culpa nos es necesaria para satisfacer nuestras pasiones; tercero, indirecto, que se efectúa en el caso de que hablamos, obramos ú omitimos algo, previendo que de ello ha de resultar la ruina espiritual de nuestro prójimo.

Pero ¿quién, dirá alguno, será capaz de incurrir en el primer género de escándalo, de ese pecado que llaman los moralistas escándalo de demonios, porque solo éstos inducen al hombre á pecar no mas porque peque? ¡Ah! si solamente los demonios fueran los únicos que practicasen ese escándalo, mas en el dia hay hombres que imitan en esto á los demonios, y aun baje de algun aspecto los exceden. ¿Qué otra cosa pretenden esos incrédulos que hacen guerra abierta á Jesucristo, sino tener la satisfacción de desmoralizar á las almas? El que compone esos libros impios, ¿qué otro objeto se propone mas que el de que apostaten de la fé todos los que los lean?

¿Cuál es el fin de los que componen libros obscenos ó imprimen estampas de la misma clase? ¿No es otro que excitar á la lascivia á cuantos los lean ó las miren? Y ¿no son éstos los que principal y determinadamente intentan escandalizar con el fin de que su prójimo peque? ¿No es esto pretender de un modo directo la ruina espiritual de nuestro hermano?

Lo mismo puede decirse de los promulgadores de esas ideas. ¡Ojalá y no hubiera tantos génius infernales que se deleitan en el bárbaro placer de desmoralizar al pueblo! ¡Infelices! si acaso alguna vez los remordimientos de vuestra conciencia vienen á perturbar esa paz que aparentais disfrutar, fijad vuestra atención en la multitud de almas que han arrastrado á los infiernos tantos herejarcas, tantos deistas incrédulos, disfrazados con el nombre de filósofos. Escribieron una vez y el mal continúa y continuará quien sabe hasta cuando. Vosotros, secuaces de tan detestables maestros, así como seguís su ejemplo, conseguireis los mismos resultados, morireis, desaparecereis de la faz de la tierra para bien de la religion, mas ya habreis dejado sembrada la semilla: vuestros discípulos acaso os excederán en la iniquidad, y de todo tendreis vosotros la culpa. ¡Qué placer tan insensato el de inducir á otro á pecar, nada mas que porque peque! ¿No es esto una satisfaccion, propia de los demonios? Con razon han denominado los teólogos con ese nombre aquel género de escándalo.

No solo puede causarse con palabras y acciones, mas tambien con omisiones, como hemos dicho. El escándalo que consiste en éstas, es tambien bastante comun en nuestros tiempos. Muchos de esos incrédulos hacen alarde de no oír misa, de no abstenerse de las carnes en dias prohibidos, de no ayunar, de no recibir los sacramentos ni aun cada año, de no adorar al Santísimo cuando lo encuentran en la calle, de no respetar las iglesias ni los sacerdotes, y en una palabra, de faltar á las obligaciones todas de cristiano; y todo, ¿con qué fin? Con el de que los virtuosos y timoratos rayan, por medio del ejemplo, perdiendo el miedo al pecado. ¡Cuántas veces con tan detestable objeto acompañan sus omisiones con expresiones burlescas para ridiculizar las prácticas devotas, y aun los mismos sacramentos de la Iglesia! No, no los imitemos. La misericordia de Dios es infinita; quizá al recorrer esta leccion, volverá sobre sí alguno de esos incrédulos! Dios lo haga. Pero contra-

gramonos á evitar la ruina de los que estén vacilantes en la fé, ó inclinados á pecar. Ved, ó almas alucinadas, el abismo de males y de responsabilidades en que os vais á sumergir: sopesad, si podeis, la inmensa cadena que vais á arrastrar: abrid los ojos, no venga el arrepentimiento cuando solo sirva de empujaros hácia la desesperacion. Y vosotros, los timoratos y virtuosos, concebid el justo horror que merece el escándalo, para que lo aborrezais de corazon, y procureis evitarlo cuidadosamente.

DIA DIEZ Y SEIS.

San Juan Francisco Regis, y Santa Lugarda, vírgen.

SAN JUAN FRANCISCO REGIS.

Juan Regis, de la noble y antigua casa de Duplas y Magdalena Darcis, hija del Señor de Segur, fueron los dichosos padres de Juan Francisco, el que nació á 31 de Enero de 1597 en Foncuerta, en la diócesis de Narbona. Desde la niñez manifestó Dios haberlo escogido para grandes empresas, no solo librándolo de varios peligros, entre ellos el de despeñarse de un precipicio, siendo de cuatro años de edad, sino adelantándole el uso de la razon, y dotándole de tal inclinacion á la virtud, que siempre miró con aborrecimiento los juegos y diversiones periles.

Apenas habia salido de la infancia entró á estudiar al colegio de los jesuitas de Becieres, donde dió los mas esclarecidos ejemplos de virtud, al mismo tiempo que hizo los mayores progresos en las bellas letras y humanidades. Repartia todo el tiempo entre el estudio y la oracion. Negose á toda diversion por inocente que fuese, y los dias de asietto los ocupaba en las iglesias. Su modestia é inocencia hacia impresion hasta en los mas indevotos; y como se hubiera asociado á la congregacion de la Santísima Vírgen, que con tanto provecho de la juventud estudiosa tenian fundada en todos sus colegios los padres de la Compania, creciendo en su corazon el amor que desde niño habia profesado á la Reina de los ángeles, deseando agradarla y servirla con mayor esmero, formó con

los mas fervorosos estudiantes otra como pequeña confraternidad, que llenó de asombro á todo el colegio.

Una alma tan privilegiada del cielo no podia ser para el mundo. Así es, que reconociendo Regis, que en el instituto de la Compañía se le proporcionaban los medios mas adecuados para conseguir la propia perfeccion, al mismo tiempo que para ser útil á sus semejantes, solicitó con el mayor empeño ser admitido en ella; y habiéndolo logrado, se aplicó de tal suerte á la observancia de sus constituciones, que ningun novicio lo excedia en la puntualidad, en el fervor y en la mortificacion, al grado de ser llamado desde entonces la *regla viva de San Ignacio*. Su apacibilidad y modestia hacian amables hasta sus mismos rigores; y muy en breve manifestó el amor é inclinacion que profesaba á los pobres, virtud que despues formó su carácter distintivo.

Concluido su noviciado, se aplicó Regis al estudio de la filosofia, y al mismo tiempo se le encomendó enseñase la gramática latina á la juventud. Supo muy bien combinar el religioso jesuita los deberes de discípulo con los cargos de maestro; repartia sus horas en el desempeño de sus distintas atribuciones, y á todas daba cumplimiento con una exactitud admirable; y para no outibir su espíritu con la distraccion de las letras, aumentó su oracion y penitencias, su recurso á la Santísima Virgen, sus visitas al venerable Sacramento, su lectura espiritual, y todos los demas ejercicios de humildad y devocion. Esta ejemplar conducta lo hizo generalmente reverenciado de los de casa y de los externos, y con ella se captó tal concepto de santidad, que no era conocido con otro nombre que el del ángel del cielo. Pasó despues sucesivamente á enseñar letras humanas á los colegios de Billon, de Auch y de Puy; en todos estos lugares se granjeó igual aprecio, y con justicia, pues empleando sus desvelos sin intermision en instruir y hacer hábiles á los jóvenes que se le habian fiado, trabajaba mucho mas, conforme al espíritu de su instituto, en hacerlos santos; y aunque procuraba tratar con la mayor igualdad á cuantos ocurrían á sus clases, se le notaba no obstante una cierta predileccion para con los mas destituidos de los bienes de fortuna.

Enviáronlo despues los superiores á estudiar teología al colegio de Tolosa, en cuya facultad dió claras pruebas de su ingenio, á pesar de la humildad con que procuraba pasar por rudo é ignorante

te. Luego que cumplió la edad, recibió, aunque con gran resistencia suya, y solo obligado del precepto de su provincial, los sagrados órdenes, y celebró su primera misa con un fervor que edificó á los asistentes, y que fué siempre en aumento todo lo restante de su vida. Aquel mismo año invadió una peste á la dicha ciudad, y la asistencia de los epidemiados fué el estreno del nuevo sacerdote, que nada menos deseaba que sacrificar su existencia en el servicio espiritual y temporal de sus prójimos; mas como no hubiese tenido la felicidad que lograron no pocos de sus hermanos, de hacerse victima de la caridad en esa vez; y animado por otra parte de un ardentísimo celo por la salvacion de las almas, pidió con las mayores instancias al padre general le permitiera pasar al Canadá para conducir á los gentiles la luz del Evangelio, y derramar allí la sangre en defensa de la fé y por la conversion de aquellos infelices, sentados en las sombras de la muerte.

No accedieron los superiores á las solicitudes de Regis, á quien el Señor destinaba á otra mies no menos laboriosa é inculta; y conociendo ya los talentos de este varon apostólico para las misiones nacionales, por los copiosos frutos que habia producido, en la que á poco de su salida del noviciado hizo en Andace, aldea inmediata á Turnon, donde no solo reformó durante ella las costumbres, sino que estableció la adoracion perpetua al Santísimo Sacramento, como la mas segura prueba de la perseverancia en el bien; lo dedicaron á ese utilísimo ministerio, uno de los que mas gloriosamente supieron desempeñar los jesuitas; y como hubiera ya cumplido el tiempo prevenido en las constituciones, fué incorporado en la compañía en el grado de coadjutor espiritual, esto es, de los sacerdotes que solo hacian los tres votos solemnes de religion.

Aceptó el Santo con humildad el grado que se le habia concedido, y mirando la voluntad de Dios en la de sus prelados, se entregó con el mayor celo al ministerio de la predicacion en los pueblos mas ásperos, retirados y bárbaros de Francia; y este reino vió con asombro reproducirse en su seno en el siglo diez y siete, las maravillas que obraron en los anteriores los varones apostólicos. El Lengnadoo, el Vivares y Velai, fueron principalmente el teatro de la inmensa caridad de nuestro Apóstol: no hubo en esas provincias pueblo, aldea ó cortijo, á donde no penetrase su ardiente celo. Apenas se dejaba ver en el púlpito, cuando se mostraba fentermecido

todo el auditorio. Las lágrimas de los mas rebeldes pecadores daban testimonio de su sincera conversion; siendo lo mas admirable que de tanto número de almas convertidas, ni una sola dejó de conseguir por los oraciones de Regis, el don de la perseverancia: portento igual al que se refiere del primer compañero de San Ignacio, el venerable padre Pedro Fábri. No fueron inferiores los sucesos de su predicacion en Chrylard, Lachau, Privas, San Aggreve, Fargas, Marilles, y otros muchos de las montañas de aquel pais, donde redujo ademas de multitud de hombres viciosos, á no poco número de hereges al seno de la Iglesia y al recto camino de la inocencia y la virtud. Entre estas conquistas fué muy notable la de la célebre madama de Romecin, que se habia resistido á los argumentos y razones de los mas famosos teólogos de Montregard, y se rindió á las sencillas aunque elocuentes exhortaciones de nuestro misionero, y con general asombro abjuró sus errores y se convirtió al catolicismo. A vista de tan gloriosos triunfos sobre la heregía y la inmortalidad, el obispo de Pny, y los de Viena, Valencia, Viviers y otros, se valieron de Juan Francisco para mil escursiones apostólicas, y siempre lo traían ocupado en misionar en sus diócesis, sin que una sola vez no quedaran satisfechos de los felices resultados de sus trabajos.

¿Pero cómo no habia de corresponder á las esperanzas de esos ilustres prelados el celosísimo jesuita, estando su predicacion tan animada por los admirables ejemplos de su santa vida? Apenas se puede concebir mayor austeridad que la que usaba Regis en las misiones. Antes de amanecer estaba ya en la iglesia en oracion; y luego que se reunia el pueblo le hacia una plática fervorosa, decia despues misa, predicaba dos y tres veces al dia, y todo el tiempo que no estaba en el púlpito lo pasaba en el confesionario. Su descanso era visitar los hospitales y las cárceles, ó ocuparse en otra obra de misericordia. Su sueño se reducía á dos ó tres horas sobre el duro suelo, ó recostado en una silla. Sus disciplinas eran sangrientísimas, y especialmente los últimos diez años de su vida, jamas se desnudó el cilicio. Prohibíose desde que emprendió el ministerio apostólico del uso de la carne, del pescado y de los huevos; su alimento regular consistía en pan y agua, ó una poca de leche si se encontraba muy fatigado, y jamas esto lo reputaba por suma delicadeza. El crudo invierno de la Francia, los hielos, las lluvias,

los vientos, y las molestias todas anexas á sus viages por los paisés mas montañosos y despoblados, formaban sus mas estimables delicias: nada, en fin lo intimidaba, ni cosa alguna era bastante para disminuir su espíritu de mortificacion, ni entubiar su deseo de padecer por la salvacion de las almas.

Los incendios del divino amor que abrasaban su inflamado corazón le hacían prorumpir en las mas ardientes exclamaciones al Señor, de cuya presencia jamas se separaba aun en medio de las mayores distracciones de los ministerios. Su castidad fué verdaderamente de ángel y su pobreza evangélica. Su obediencia tan ciega, que aun molestado cierta vez con imprudencia por uno de sus superiores, no dejó de cumplir sus órdenes, ni de respetar su persona. Su humildad tan profunda, que recibiendo una ocasion á la puerta del colegio de Tolosa una bofetada de mano de un jóven atrevido, cuyos excesos reprimía, puesto de rodillas le ofreció la otra mejilla para que la maltratara. Su paciencia era ejemplar: mil veces fué perseguido atrozmente por la conversion de famosos pecadores y públicas cortesanas, insultado, apaleado y arrastrado por el suelo; pero su dulzura y mansedumbre no solo desarmaba á los mas furiosos, sino redujeron á mejor vida á no pocos disolutos. La constancia en llevar al cabo las empresas de la gloria de Dios, fué indecible: en Tolosa, Montpellier, Somieres y Puy fundó en medio de innumerables contradicciones, casas de recogimiento, adonde voluntariamente se retiraban las mugeres arrepenidas; y cuando se le representaban las dificultades de las obras que emprendía, su respuesta era que el Señor cuidaba de todas sus cosas, y que lo agravariá si por temores humanos las abandonase. Tanta confianza en la Providencia del Altísimo no quedó sin premio, aun interviniendo milagros: caminando un dia á una importantísima mision, se rompió una pierna á resulta de una caída; pero al punto se le consolidó el hueso sin algun remedio humano. Hallándose la ciudad de Puy con una extrema carestía de granos, la caridad de Regis lo movió á procurar el sustento de los pobres, y al efecto juntó con grandes trabajos alguna cantidad de trigo; pero siendo ésta insuficiente para los muchos necesitados que ocurrían por socorro, lo aumentó Dios por diversas ocasiones por los ruegos de su siervo. Ni fueron éstos los únicos prodigios obrados por su intercesion. Apenas hubo lugar en que predicase, que no hubiera sido tes-

tigo de las más estupendas maravillas del Santo misionero, ya dando vista á los ciegos, ya librando á los endemoniados, ya, en fin, volviendo la salud á enfermos de males muy inveterados y rebeldes.

Ultimamente, queriendo el Señor premiar las virtudes y méritos de su fiel siervo, estando éste en el pueblo de Lalovesco, adonde había partido á hacer mision en lo rigoroso del invierno, ya con algunos sobrenaturales anuncios de su próxima muerte, á otro día de la Navidad del año de 1640, despues de haber predicado tres sermones y confesado cerca de veinte y cuatro horas, fué atacado de una fuerte pulmonía, de que ya había sido acometido en el camino, y se vió precisado á meterse en la cama. En ella todavía confesó á algunos pobres paisanos que lo habían ido siguiendo desde la iglesia; y habiendo recibido los santos sacramentos, rodeado de los jesuitas de Anonay, que ocurrieron á asistirlo en su enfermedad, dando los mayores ejemplos de todas las virtudes, y entre los más fervorosos actos de humildad, paciencia y amor de Dios, apareciéndosele visiblemente Jesús y María, entregó con suma tranquilidad su grande alma á su Criador, el día 31 de Diciembre del mismo año, á los cuarenta y tres y once meses de su edad, veinte y cuatro de haber entrado en la Compañía, y diez de sus apostólicas misiones. Sepultóse su cuerpo en la iglesia parroquial de Lalovesco, y Dios hizo glorioso su sepulcro con muchos milagros. Beaticólo el papa Clemente XI en 1716, y lo puso en el catálogo de los Santos. Clemente XII en el de 1737, señalando este día para su festividad.

Santa Lugarda, virgen.

Santa Lugarda fué natural de la ciudad de Tangris, y nació por el año de 1182. Su padre que era muy rico, deseoso de que cuando llegase á la edad de tomar estado tuviera un dote muy crecido, entregó cierta cantidad á un negociante muy diestro en el comercio, para que la acrecentara durante la menor edad de su hija, ofreciéndole dársela despues por esposa; pero su madre, mujer de mucha virtud, solo deseaba consagrarla á Dios en el estado religioso. Entre tanto crecía Logarda y cada uno de sus progenitores trataba de atraerla á sus deseos; aquel le hablaba siempre de matrimonio, y ésta solo le inculcaba la felicidad de los que se dedi-

can á servir á Dios con perfeccion, ofreciéndole que si queria lograr de esta felicidad, le fundaria con sus cuantiosos bienes un monasterio en que entrase con jóvenes escogidas á ser su fundadora.

Mas movian á Lugarda las halagüeñas pinturas que su padre le hacia de la vida conyugal, y con tal motivo aunque se notaba en ella cierta aversion á los juegos de niña y á toda accion poco honesta, gustaba de adornarse y no le parecia mal el ser querida. Pero Dios, que tenia otras miras sobre aquella alma inocente, permitió que el dinero dado al comerciante se perdiese, y hablándole al corazon la aficionó á la vida monástica, á que al principio sentia repugnancia. En efecto, á poco mas de doce años entró en el convento de Santa Catarina de la Orden de San Benito, situado junto á la ciudad de San Trudo en la Hasbánia, con ánimo de tomar el hábito de religiosa.

Tan hermosos principios pudieron tener pésimos fines por la poca esperiencia de Lugarda. Visitábala en el convento un jóven, y poco á poco se fué aficionando á él, y acaso aquella indiscrecion habria pasado adelante sin una revelacion que tuvo, en que vió á Jesucristo lleno de heridas y sangre, que la reprendia aquella traicion; vista que conmovió tanto á Lugarda, que despidió áspicamente á aquel jóven, con cuya conversacion antes se deleitaba.

Con igual providencia libró el Señor á su sierva de otros diversos peligros, hasta que tomó el hábito, asegurada de la perseverancia por la Santísima Virgen y Santa Catarina, que se lo aparecieron á disipar sus temores. Dotóla el Señor de dones tan admirables por la docilidad que en todo lo que la inspiraba seguia aquella pura alma, que su vida es un tejido de las mayores maravillas. Al cantar en el coro un día de Pentecostés las vísperas delante de la comunidad al entonar el *Veni Creator*, se elevó en el aire: otra ocasion la vieron las religiosas en una noche, iluminada de un resplandor celestial: con su saliva ó el contacto de su mano curaba las enfermedades más antiguas y rebeldes.

Pero mayores eran los favores interiores. En una vez pidió á Cristo cambiar su corazon con el suyo, lo que le concedió el Señor librándola de toda imaginacion deshonesta, aun la más remota: en otra, hallándose con la salud muy quebrantada, á causa de su estremada penitencia, determinó dejar de ir á matines por estar su- dando cuando se hizo señal á ellos; pero el Señor la llamó con voz

sensible á que fuese á orar por los pecadores, premiándole su obediencia con abrazarla al entrar en el coro una imagen de un crucifijo, que aplicándola á su costado, le hizo percibir tal dulzura, que desde entonces le quedó dulce la saliva: semejante á éstos, le hizo otros muchos.

Conociendo su virtud las religiosas, la nombraron abadesa á pesar de su corta edad, y gobernó la comunidad por cerca de doce años, hasta que teniendo veinte y cuatro, por revelacion que tuvo pasó á Brabante á un monasterio de la Orden del Cister, con general sentimiento de sus monjas. En esta nueva casa perseveró cuarenta años con los mismos favores celestiales, y complaciéndose el cielo en conceder mil beneficios por sus oraciones y ruegos.

Revelole Dios muchas cosas ocultas; consiguió traer á muchos á buena vida: las almas del purgatorio se le presentaban con mucha frecuencia á pedirle sufragios, y entre ellas una vez su hermana carnal: para el remedio de las necesidades públicas, se le previno del cielo un ayuno que hizo de siete años en dos diversas ocasiones: su espíritu de profecía fué admirable y confirmado en varios portentosos sucesos: tenia, en fin, un trato familiar con varios Santos que la instruían y predicaban, pues todo el tiempo que duró en la nueva religion no pudo aprender el idioma frances, como se lo prometió la Santísima Virgen, por los ruegos que le hizo de que no la eligiesen prelada.

Pero á pesar de la inocencia y pureza de aquella alma escogida, quiso el Señor probarla con una grave tribulacion para perfeccionarla mas. Once años antes de morir cegó completamente; prueba que llevó con la mayor paciencia, edificando á toda la comunidad, especialmente desde que anunció con una admirable exactitud el dia de su muerte, cinco años antes de que sobreviniera. Cumpliose su vaticinio, y el dia 9 de Junio de 1246, fué atacada de fiebre; el 15 tuvo un éxtasis que reconocieron con asombro todos las monjas; y el 16, despues de recibidos con el mayor fervor los santos sacramentos, entregó su espíritu al Criador á los sesenta y cuatro años de su edad. Manifestó Dios la santidad de su sierva con multitud de milagros, hechos antes y despues de ser sepultada, y sus reliquias se conservan con la mayor veneracion de los fieles en Brabante, segun se recoge por el Martirologio romano.

La Epistola es del capítulo XXXI de la Sabiduría. (Eclesiástico.) (Pág. 47).

Bienaventurado el rico que fué hallado sin culpa, y que no corrió tras el oro, ni puso su esperanza en el dinero, &c.

El Evangelio es del capítulo XII de San Lucas. (Pág. 47).

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos: Estad con vuestras ropas ceñidas á la cintura, tened en vuestras manos las luces ya encendidas, &c.

MEDITACION.

Sobre el conocimiento de Dios uno y trino.

Considera que es imposible comprender á Dios; porque un ser infinito é inmenso no puede caber en una inteligencia finita y limitada; pero no es imposible conocer á Dios; porque el conocer se mide por el alcance del entendimiento creado, y no es otra cosa que alcanzar á conocer de Dios lo que cabe en la inteligencia de quien se aplica á conocerlo. Así es que el que se atreva á querer comprenderlo, peca con gran pecado de soberbia, y será confundido y oprimido por la gloria misma de la Magestad divina. Pero el que solo procura conocerlo con humilde y devota meditacion, hace una obra santa y laudable, y merece que Dios se le manifieste y de á conocer con mas claridad que la que alcanza el simple discurso con la fé. Conforme á esto pedia San Agustin á Dios, que se le diera á conocer: "Conózcate á tí, Señor, y conózcame á mí, decía, y lo mismo debemos todos desear y pedir. Mas aun así, ¿cómo pensar algo digno del que es inconcebible! ¿Cómo hablar algo digno del que es inefable! ¿Cómo lanzarse en el seno insondable de los misterios mas altos y recónditos? ¡Ah! Dios es bueno, y se agrada de que adorando su Magestad soberana, nos apliquemos á conocer sus grandezas y perfecciones, para alabar y bendecir su gloria.

Considera que á mas de los motivos dichos, nuestro mismo ser intelectual nos lleva á la contemplacion de Dios. Somos su imagen y semejanza, y no puede nuestra alma contemplarse á sí misma sin volver á ver á aquel Dios inefable de quien es imagen. Mirase por esencia una imagen de Dios uno por esencia; mirase trina,

en facultades, imagen de un Dios Trino en personas. La Unidad y la Trinidad de Dios se ven semejadas en la alma racional del hombre. ¿Cómo no ha de contemplar éste á su divino Tipo? Mucho mas, cuando como dice el Apóstol, por el conocimiento de las cosas visibles, se eleva el alma al conocimiento de lo invisible. No es visible el alma á los ojos del cuerpo; pero sí es inteligible á su propio conocimiento: no comprende como es; pero sí entiende que es, y sabe distinguirse de la materia, y en cuanto puede tenerse idea del espíritu, tiene nociones de sí misma; mira el desarrollo y ejercicio de sus propias facultades, y por él algo alcanza de la Unidad y Trinidad de Dios. Este Ser soberano es invisible, incomprendible, é infinitamente superior á la alma; ser sin modo; ser sobre todo ser; mas sin embargo, el alma es su imagen y semejanza; y aunque diste infinito de su ejemplar, y aunque á ella misma no la comprendamos; por lo que conocemos, algo alcanzamos á conocer de Dios.

PETICION Y PROPÓSITOS.

¿Mas de qué me servirá, Dios mio, que mi entendimiento alcance á conocer mucho de tí, si mi voluntad no te conoce, ó te conoce poco? Bástame ser instruido en lo que de tí puede saberse, para que mi entendimiento te conozca; pero no basta esto para que te conozca mi voluntad, la cual no puede ponerse en comunicacion contigo sino en andote y obrando santamente. Este es mi deseo; en esto estriba mi felicidad, y esto te pido humildemente por Jesucristo tu Hijo, que contigo y el Espíritu Santo vive y reina por infinitos siglos de siglos. Amen.

JACULATORIA.

Conozcate á tí, Dios mio, y conozcame á mi.

LECCION.

Continúa la de ayer sobre el escándalo.

Feliz y tranquila será la muerte del justo, desdichada y espantosa la del malvado; cómo podrá apresurarse á abrir la puerta á Jesucristo, á rendirle la cuenta de su vida, aquel que se encuentre rodeado de tantos acreedores cuantos son los prójimos á quienes ha escandalizado con sus obras? ¡Aquí la virgen corrompida, allí la

casada seducida, allá el joven incauto pervertido! ¡Qué gritos darán todos estos al escandaloso al tiempo de su muerte! Su conciencia hará de epoderado de todas esas víctimas desgraciadas de sus malos ejemplos. El clamará con voz lánguida, que casi no se percibirá entre la confusion de los lamentos que exhalen los desventurados á quienes enseñó á pecar. Los que ya estén en el infierno por su causa, levantarán el grito y dirán: Señor, juez justo é imparcial, ese mostruo que está para partir de la otra vida, es el verdugo de nuestras almas, él es el que nos ha muerto espiritualmente; yo no te hubiera ofendido si no me hubiera enseñado á ofenderte; yo no me hallara en este lugar de tormentos, si él no me hubiera precipitado: venga, venga á sufrir lo mismo que yo estoy sufriendo por su causa. Escandaloso, ¿escuchas esas voces? ¿Te ríes ahora y las desprecias? ¡Llamas fanático al que te las predice? Pues ahí vendrá tiempo en que á tu pesar las oigas. Bárlate ahora de los llamamientos que te hace Dios por medio de esta leccion, llegará el momento en que te diga: *Os llamé y no quisisteis venir: yo tambien reiré de vosotros en vuestra muerte.* Mas vosotros los que escuchais con docilidad las verdades de la religion, los que no habeis renunciado vuestra fé, no cerreis vuestros oídos. Si habeis delinquido aun es tiempo de arrepentiros; si no os encontrais criminales, dad gracias á Dios de la misericordia que ha usado con vosotros de no dejaros arrastrar á tan grave mal, y continuad en vuestra buena conducta. Para advertir á los pecadores los males que han causado, se arrepientan de ellos y procuren resarcirlos, y para que los virtuosos sepan lo que han de evitar, continuamos haciendo presente á unos y á otros, que peca gravemente el que con ánimo deliberado dice, hace ú omite, algo de que se origine al prójimo su ruina espiritual. Si ésta fuere ligera ó venial, el pecado que cometa el escandaloso será venial, segun la opinion comun de los teólogos; mas es preciso observar que alguna vez, aunque la materia que sirve de escándalo sea venial, puede causar un pecado mortal, si la ruina espiritual del prójimo es grave. Muchas palabras, por ejemplo, jocosas, aunque algo indecentes, ó de doble sentido, que no pasarian de pecado venial proferidas ante un hombre de mundo, serán materia de pecado mortal vertidas delante de una persona inocente á quien ocasionen ruina grave espiritual.

Por este motivo debemos ser muy medidos en nuestras conversaciones, principalmente sobre la lascivia y sobre la religion. La experiencia enseña que una palabra proferida acerca de esas materias, llama fuertemente la atencion de los jóvenes, mayormente de las mugeres, que estimuladas por su natural curiosidad, comienzan á cabilar sobre aquello que oyeron, de lo que les resultan ó dudas contra la fé, ó frialdad en los ejercicios de piedad, ó poco aprecio á los sacramentos de la sagrada Eucaristia y penitencia, ó desconfianza de la verdad de las máximas y preceptos de la religion, ó deseos de placeres prohibidos. De aquí podemos inferir el gravísimo pecado que cometen esos incrédulos ó libertinos que se esmeran en expresar sus ideas perversas, puntualmente cuando se hallan entre mugeres ó jóvenes inexpertos. Entonces procuran hacer alarde de unos talentos brillantes, haciendo reír á los circunstantes con sarcasmos en contra de la religion y de las personas eclesiásticas: entonces se vierten en tono decisivo las falsas y perniciosas doctrinas de que el adulterio solo importa una injusticia privada, que desaparece renunciando el marido de su derecho: entonces se hace el panegirico de los placeres sensuales, y se excita una compasion de menosprecio contra los que desprecian sus pasiones y mortifican su carne para tenerla sujeta: entonces, en fin, se ridiculizan los votos de castidad, religion y la vida del cláustro. ¡Cuántos pecados no se originarán de semejantes conversaciones.

De todo son responsables los escandalosos, pues éstos, segun enseñan los moralistas, se hacen reos no solo del pecado del escándalo, sino de aquel á que inducen á pecar, con todas las circunstancias que lo agravan. ¡Qué responsabilidad tan grande contraen esos delinquentes! ¿De qué modo podrán repararla? Esta es una obligacion del que causa el escándalo. Debe hacer de su parte todo lo posible para remediar el mal que ha hecho, y por lo mismo están precisados á dar buen ejemplo, principalmente sobre la materia que lo han dado malo, y á las personas á quienes han escandalizado. Alguna vez no será suficiente que para reparar el daño que se ha hecho se use de medios indirectos, como dar en general buen ejemplo, sino que será necesario desdecirse expresamente de aquello que ha dado materia al escándalo, y en este punto deberán los que hayan delinquido consultar al confesor, y éste con prudent-

cia examinará la clase y circunstancias del daño, para proporcionar y ministrar el remedio.

No solamente debemos abstenernos de las acciones pecaminosas para evitar el escándalo, sino algunas veces de las licitas, y aun de las positivamente buenas; pero para entender mejor este punto, expliquemos antes lo que sea escándalo pasivo. Ya lo definimos en la leccion anterior, y dijimos que era la misma ruina espiritual causada en el que es escandalizado. Así es que el escándalo activo se comete por el que lo dá, y el pasivo por el que lo recibe. Supuesta la explicacion asentada, debemos saber que bien puede darse escándalo activo sin pasivo, y al contrario; mas hay esta diferencia, que el que da el escándalo activo peca aun cuando no se verifica que el escándalo pasivo, es decir, aun cuando no peque el que es inducido á pecar. En el escándalo pasivo puede delinquir el que lo recibe, aunque no peque el que lo dá, como si de una accion sencilla, inocente y licita de una persona, saca otra materia de pecado; en tal caso pecará ésta y no aquella.

De aquí es que los moralistas dividen al escándalo pasivo en tres clases, que denominan con los nombres siguientes: escándalo de frágiles, de pequeños ó párvulos, y de fariseos ó farisaico. El primero consiste en la ruina espiritual del prójimo causada por su sola fragilidad, así como un joven que consiente en un deseo torpe á la vista de una muger hermosa: la muger ninguna culpa tiene de serlo, ni está obligada á afear su rostro por evitar las caidas de la fragilidad humana. El segundo se reduce á la ruina espiritual ocasionada al prójimo por su ignorancia, como si alguno se escandaliza de ver que se alimenta con carne una persona en dia en que está prohibida, sin advertir si lo hace por enfermedad ú otro justo motivo, ó ignora que lo haya para poder ser dispensada, y cree que jamas es licito comerla en dia de rigorosa vigilia. El tercero se verifica siempre que el prójimo por una pura malicia se busca una ruina especial con ocasion de un dicho, hecho ú omision licitos, como los fariseos, que movidos de envidia, se escandalizaban de la doctrina y milagros de Jesucristo.

Sabidas ya las varias clases de escándalo pasivo, asentáremos que no nos es licito omitir ni hacer nada que nos impida adquirir, ó nos haga perder nuestra salud espiritual. El órden de la caridad exige que cuidemos mas de nuestra alma que de las ajenas, y por

lo mismo jamas nos será lícito cometer un pecado porque nuestro prójimo no se escandalice. De lo que se sigue que nunca podemos violar los preceptos negativos, pues estos, como hemos dicho en las lecciones respectivas, obligan siempre y en todo momento; pero si podemos omitir algunas veces lo que mandan los preceptos positivos, para evitar el escándalo del prójimo, porque éstos, aunque obligan siempre, no obligan en todo instante, y hay causas justas que nos excusan de su cumplimiento, siendo una de ellas precaver la ruina espiritual del prójimo. Tampoco por evitar el escándalo se debe enseñar una cosa falsa en contra de la doctrina y moral de Jesucristo, ni aun cuando la falsedad importa una mentira leve, porque estamos obligados á no cometer ni aun pecado venial con plena advertencia, á mas de que nunca nos es lícito incurrir en un mal moral menos por evitar otro mayor, pues como dice el apóstol San Pablo: *No se han de hacer cosas malas aunque de ello provengan otras buenas.* Por otra parte, siendo el bien comun preferible al particular, y siendo del primer género el que se mantiene intacta la doctrina de Jesucristo, y no demos ocasion á que se altere en lo mas mínimo, es claro que si de una de esas verdades resulta escándalo á nuestro prójimo, no porque accidentalmente se daña á un individuo, hemos de perjudicar á toda la sociedad, ó lo que es lo mismo, hemos de causar un mal que puede ser trascendental á la enseñanza é instruccion pública.

Sin embargo, advertimos que la verdad puede ocultarse de dos modos: ó colocando en su lugar alguna mentira, ó callando simplemente la verdad. El primero nos está absolutamente prohibido, segun hemos visto antes: el segundo puede ser lícito cuando las circunstancias de las personas que la oyen no son favorables á ella á causa de su inocencia ú otro motivo, á menos de que concurran igualmente circunstancias en otras personas que exige que se les diga la verdad delante de aquellas, ó se haga alguna accion en su favor aunque pueda ser mal interpretada. Así por ejemplo, un sacerdote puede confesar á una muger dentro de una casa estando en el caso de deber confesarse, aunque haya personas que se escandalicen de verlo entrar á la casa. Aun entonces será muy conveniente hacer ver de algun modo á los escandalizados el equívoco con que juzgaban, ó sacarlos de la ignorancia en que podian hallarse. Mas cuidemos mucho de no aplicar la doctrina asentada á aprobar,